

igualaba á su hermano Conrado; y no creía difícil ganarle para cualquier lucha que prometiese ventajas, aun cuando esta fuese completamente ajena al fin peculiar de la peregrinación.

Casi en el mismo momento en que Bonifacio se reunía con los franceses, se verificó el acontecimiento que, al fin, había de dar á la cuarta cruzada una determinada dirección. En el verano de 1201 huyó de Grecia á Italia el joven Alejo Angelo, hijo del ciego Isaac y sobrino del emperador Alejo III. Algunos ilustres pisanos le ayudaron á realizar dicha fuga, según parece, porque se había puesto poco hacia en relaciones amistosas con su enemiga mortal Génova. Como era natural, el príncipe procuró en seguida poner en armas al Occidente contra su tío, y ante todo se dirigió á Inocencio pidiéndole auxilios con vivas instancias. Pero el Papa vacilaba en punto á corresponder á la demanda, ora porque esperaba conseguir en el mas breve plazo por medio de Alejo III la unión de la Iglesia griega con la romana, ora porque excitó en su ánimo graves temores el parentesco del príncipe con Felipe, rey de Alemania, el cual se había casado con Irene, hija de Isaac. Entonces el príncipe voló á Alemania pasando por los Alpes, y buscó y halló en la corte de los Hohenstaufen el mas cariñoso recibimiento. Y allí, en el invierno de 1201 á 1202, se manifestó por primera vez con claridad el deseo de que el ejército de los cruzados no emprendiese, desde luego, la guerra contra el islamismo, sino que diese un ataque sobre Constantinopla, con el objeto de derribar al usurpador del trono, Alejo III, y restablecer en el poder y en los honores al ciego Isaac al lado del joven Alejo. El rey Felipe recomendó de un modo especial la causa de sus cruzados y venecianos, valiéndose al efecto de embajadores alemanes.

La política de los Hohenstaufen fué la que desvió por consiguiente de Egipto la cuarta cruzada y ocasionó la dirección de esta á Constantinopla. Enrique Dandolo había proyectado ya, tal vez antes, una cosa parecida; sin embargo, nada de cierto sabemos sobre el particular, y es muy posible que el prudente Dux no hubiese estado firmemente resuelto hasta aquel momento mas que en el propósito de aprovechar en todo caso las fuerzas de los peregrinos para fomentar los intereses venecianos, sea que para ello se presentase la ocasión en las costas griegas ó sirias, ó en las mismas orillas del Nilo. En cambio, parece cosa completamente cierta, que Dandolo se apoderó con alegría de la idea de los Hohenstaufen como cosa que le era muy conveniente, y activó su realización como si la hubiera abrigado oculta en su pecho desde mucho tiempo antes y la hubiera examinado con la mayor detención. Además, es cierto tambien que la política alemana solo trabajó por el progreso de la cuarta cruzada, manifestando esta idea y apoyando con su diplomacia al príncipe Alejo, mientras que todo lo demás quedó pendiente de la fuerza y voluntad de Venecia. Sin embargo, la resolución del anciano Dandolo de conducir al ejército peregrino á atacar al emperador Alejo III constituye el momento verdaderamente decisivo de la desviación de la cruzada de su primitivo objeto. Desde este momento aparece el Dux como el verdadero jefe supremo de los peregrinos, y si bien el audaz marqués Bonifacio fué llamado en ocasiones el Boemundo de la cuarta cruzada, merece en mas alto grado este honorífico sobrenombre el poderosísimo Dandolo (1).

(1) En los últimos años se ha sostenido viva controversia —principalmente por el conde Paul Riant y Luis Streit— sobre si la destrucción del imperio bizantino se llevó á cabo realmente merced á la política

Fué para este facilísimo atraer á los venecianos á la expedición de Constantinopla, pues habían hecho á la vez aprestos en tiempos anteriores para emprender la guerra, así contra los musulmanes como contra los bizantinos. Además, durante la última generación se había demostrado que un poder comercial tan extenso como el que Venecia deseaba ejercer en el territorio griego, era inseparable de una fuerte preponderancia política en el Bósforo: ó la ciudad de las lagunas debía volver poco á poco á una posición mas modesta, ó necesitaba colocar en Constantinopla un soberano que se subordinase á sus deseos. Casi tan favorables como las ideas de los venecianos para los proyectos de Dandolo eran los sentimientos de que se hallaban poseídos los demás cruzados. Había entre estos, muchos príncipes y caballeros que, fascinados por la suerte que muchos de sus compañeros habían hecho en la costa de Siria, en Chipre y en Armenia, sobre todo en los últimos años, sacaban con alegría su espada en favor de cualquiera aventura que les prometiese ganancia. Además, obraba en el ánimo de los peregrinos el antiguo odio á los griegos, el cual había estado á punto de ocasionar un ataque contra Constantinopla en las cruzadas de 1147 y 1189. También era de esperar que un emperador colocado en el trono por los peregrinos apoyaría con calor á la cristiandad romana en la guerra contra el islamismo; de suerte que al fin, solo aquellos peregrinos que poseídos de celo religioso é inaccesibles á toda mira política deseaban exclusivamente pelear contra los eyubitas, pudieron oponer resistencia á los planes de Dandolo dentro del mismo ejército cruzado.

#### PRIMERA CONQUISTA DE CONSTANTINOPLA

Durante los meses de primavera y verano del año 1202, se reunieron en Venecia considerables huestes de cruzados alemanes, franceses é italianos, cuyo número, sobre todo en hombres importantes y ricos, defraudó, sin embargo, las esperanzas que se habían concebido; porque muchos peregrinos, por desconfianza contra la ciudad de las lagunas, procuraron llegar al fin de sus aspiraciones por otros caminos. Algunos en particular se dirigieron á la Italia meridional, y fueron excitados y empleados por la Iglesia romana en la guerra con los caballeros de los Hohenstaufen, que aun se mantenían allí desde los tiempos de Enrique VI. Otros se embarcaron para Siria desde los puertos de Flandes, Marsella y Génova, pero no hallaron en la Tierra Santa ocasión alguna de distinguirse por sus hazañas. Respecto de los demás cruzados reunidos en la pequeña isla de San Nicolo di Lido, próxima á Venecia, la consecuencia inmediata de este fraccionamiento fué, que al fin no pudieron satisfacer por completo los 85,000 marcos, cuyo pago á plazos se había retardado ya mucho, y después de haber entregado todo lo que alcanzaron sus fuerzas, quedaron debiendo aun 34.000 á los venecianos. Dandolo no tenía motivo para resentirse por esto, pues con ello tenía un excelente pretexto para utilizar á los peregrinos para sus planes, é hizo llegar bajo cuerda á noticia de aquellos y del pueblo de Venecia el propósito de que el dinero que se adeudaba, quedaria «pagado por los servicios», pudiendo los cruzados reintegrar á sus acreedores con el botín que hiciesen en las expediciones militares contra los enemigos de la ciudad de las lagunas. Como

alemana ó á la veneciana. Riant exagera sin duda la influencia que el rey Felipe ejerció en la caída de los Angelos. La idea expuesta en el texto, que de todos modos se acerca mas al sentido de Streit que al de Riant, está conforme en lo sustancial con el relato de Heyd en su «Historia del comercio de Levante en la Edad media», I, 292 y sig. y 440 y sig.

tales enemigos designaba él en primer término á los vecinos de la ciudad de Zara, los cuales, llevando una vida de piratas, causaban grandes perjuicios al comercio veneciano en el «mar de Venecia», y por lo tanto, casi en la misma patria.

Una gran parte de los peregrinos, deseosa de pelear y hacer botín, se dejó llevar fácilmente en favor de los proyectos del Dux; y aunque un partido piadoso, capitaneado por Simon de Montfort, protestó contra el ataque de que iba á ser objeto una ciudad cristiana, al fin quedó en minoría. Dandolo hizo un llamamiento para la expedición á la mitad de todos los hombres capaces de manejar las armas, y se puso él mismo al frente de la empresa. A principios de octubre de 1202, la magnífica escuadra compuesta de 72 galeras y 140 barcos de transporte salió de la isla de Lido, obligó, al pasar cerca de ellas, á las ciudades de Trieste y Muglia á rendir homenaje á la república de San Marcos y practicó á viva fuerza la entrada en el puerto de Zara el 10 de noviembre. Allí Simon de Montfort con los suyos intentó otra vez hacer desistir de la lucha; pero la mayoría de los peregrinos permaneció obediente al Dux, atacó la ciudad con constancia y la tomó en 24 de noviembre. Para Venecia era este un gran triunfo, porque desde entonces en adelante le pertenecía la soberanía del mar Adriático con mas seguridad que antes; pero tenía que alcanzar un triunfo mucho mayor aun para lograr que los cruzados permaneciesen firmes en el camino una vez emprendido.

Oponiase á esto primeramente la voluntad del papa Inocencio, el cual envió á Venecia en calidad de legado de la cruzada al cardenal Pedro de Capua en el verano de 1202. Pero Dandolo, para evitar la ingerencia del Papa en sus empresas, exigió rotundamente al legado que se volviese á no ser que quisiera sacrarse á tomar parte en la expedición como simple sacerdote. Después los cruzados fueron amonestados por medio de una carta del Papa, á que no atacasen á la ciudad cristiana de Zara bajo pena de excomunion; y por esto, después de la toma de Zara, era de esperar en cualquier momento, que el rayo del anatema de la Iglesia alcanzara al ejército peregrino y tal vez le disolviera por completo. Pero este peligro se desvaneció con extraordinaria rapidez: Inocencio acogió bondadosamente la humilde declaración de los príncipes cruzados, de que no habían podido obrar de otro modo á causa de sus compromisos con los venecianos, los perdonó, y lanzó la excomunion solo contra el Dux y su pueblo. Estos no se cuidaron en lo mas pequeño de las penas eclesiásticas; y como á la vez el Papa permitió á los demás cruzados que continuasen en trato con los excomulgados y se valiesen de su escuadra para pasar á Siria, el anatema cayó por tierra sin producir efecto alguno. Igualmente infructuosas fueron al fin y al cabo las amonestaciones repetidas del Papa para disuadirles de atacar en lo sucesivo á las potencias cristianas, en especial al imperio bizantino; pues tuvo que reconocer en breve y declarar con energía, que los griegos se habían hecho reos de graves delitos contra Dios y la Iglesia, y que el emperador Alejo en especial había cometido las violencias mas horrosas contra su hermano y legítimo soberano, si bien «no correspondía á los peregrinos castigar tales pecados.» Estas palabras daban á entender que el Papa prohibía efectivamente lo que no podia conceder en principio; pero que, tan pronto como encontrase en ello ventajas para la Iglesia, seguiría á los sucesos como apéndice la aprobación de lo sucedido. Casi únicamente los hombres fervorosos del ejército, Monfort y sus partidarios, se atuvieron al materialismo de las declaraciones del Papa, y abandonaron á sus compañeros cuando se proyectó finalmente la expedición á Constantinopla; pero tanto

mas fácilmente se unieron los demás cruzados á los venecianos para acometer la atrevida empresa.

Después de haberse verificado de antemano las negociaciones entre el Dux y los príncipes cruzados por una parte, y el rey Felipe y el príncipe Alejo por otra, se presentaron por año nuevo de 1203 embajadores de los de la casa de Suabia en el campamento de Zara, donde inveró todo el ejército, y pidieron con instancia auxilios contra Alejo III, usurpador del trono. En cambio prometieron en nombre del príncipe cuidar de la manutención del ejército aliado y entregar 200,000 marcos de plata; además de esto, Alejo ofreció poner á disposición de los cruzados 10,000 hombres durante un año para la guerra contra los eyubitas, mientras viviese sostenido por su cuenta 500 guerreros en Tierra Santa, y por fin trabajar tambien por que la Iglesia griega se sometiese á la Silla romana. El ofrecimiento que con esto se hacia al ejército, era muy halagüeño. Presentábase en perspectiva una campaña gloriosa, espléndida recompensa, el castigo de los griegos por sus iniquidades seculares y la entrada de estos en la Iglesia romana: ¿no habían, pues, de aprovechar los peregrinos tan magnífica ocasión para conseguir evidentes ventajas, tanto para ellos mismos, como para todos los cristianos romanos, y por tanto tambien y especialmente para el papa Inocencio? Ciertamente que los cruzados cayeron una vez mas en ardientes contiendas, pues las masas pedían ser llevadas á Acre ó á Alejandría; pero los jefes de las tropas en su mayoría, entre los cuales se hallaban tambien obispos y abades, se unieron á los embajadores alemanes en pro de la expedición contra Constantinopla y vencieron poco á poco toda oposición. Enrique Dandolo vió por fin colmados sus deseos: en mayo de 1203 dirigió la escuadra, á bordo de la cual iba tambien el príncipe Alejo, al mar Egeo, pasando por Dirraquio y Corfú y dando vuelta al Peloponeso. Aun cuando el príncipe fué desde luego proclamado emperador con el nombre de Alejo IV, el Dux no se proponía como fin principal de la campaña la sumisión de las provincias, sino la rendición «de la ciudad real» del Bósforo.

¿Era de pensar que el dux pudiera tomar la poderosa fortaleza con los 40,000 hombres á que ascendía en junto el número de los que mandaba? En tiempo de Manuel Comneno hubiera sido una locura acariciar tan altas esperanzas; pero á la sazón, por el contrario, las cosas estaban en muy diferente estado. Alejo III era un imbécil que hacia una vida indolente y crapulosa en su magnífico palacio y tenia abandonados los negocios de la gobernación del imperio á su esposa Eufrosina, que la ejercía en unión de sus amantes. Las consecuencias de esto se dejaron sentir de un modo espantoso: los vasallos quedaron reducidos á una situación desesperada, por efecto de lo abrumador y desmedido de los tributos y de actos de violencia de todo género. Los tesoros que la corte imperial les arrancaba, solo servían para disiparlos en licenciosas orgías: el ejército de tierra estaba desorganizado, y la escuadra había sido «convertida en plata;» esto es, desarmada y vendido el material. En algunas provincias se sublevaron los gobernadores, ó generales, ó hacendados, y procuraron fundar principados independientes. La lejana Trapezunde (Trebisonda), estaba hacia ya mucho tiempo casi separada del resto del imperio: á la sazón un feroz guerrero, Leon Sgueros, de Nauplia, conquistó el Nordeste del Peloponeso y la Grecia central, al parecer con la intención de separar del imperio todo el Sur de la península de los Balkanes hasta Tesalia. En Creta y en otras islas dominaban orgullosos propietarios de terrenos con tanta independencia como los grandes barones en los reinos feudales de Occidente. En tales circunstancias, el imperio bizantino hubiera sucumbido hacia años ante cualquier ataque enérgico del exte-

rior. Los seldyucidas hubieran sido los mas peligrosos para él, si el sultan Kilidsch Arslan II de Iconio no hubiese repartido un día su imperio entre sus hijos y estos no se hubiesen hecho la guerra unos á otros despues de la muerte de su padre (1193). Naturalmente los bizantinos no aprovecharon la ocasion favorable de combatir enérgicamente el desmembrado poder de los seldyucidas; pero se sostuvieron ante los debilitados enemigos con pérdidas relativamente pequeñas en hombres y territorio. En cambio, los búlgaros avanzaron victoriosos hasta Tracia y Macedonia en repetidas correrías de saqueo y conquista. Su príncipe Juan estaba en amistosas relaciones con el papa Inocencio, como queda indicado atrás, y precisamente entonces se hallaba en camino para Bulgaria el cardenal Leon de Santa Croce, con el objeto de coronar rey á Juan, lo cual tuvo efecto en noviembre de 1203.

El grande imperio presentaba por tanto evidentes señales de profunda decadencia y decrepitud, y el experto Dandolo tenia muchísima razon cuando trataba de tranquilizar los ánimos de sus compañeros de ejército, que durante el viaje á Constantinopla habian caído en desaliento, poniéndoles á la vista su vigor juvenil y lozano, extraordinariamente superior al de los enemigos. A fines de junio penetró la escuadra en el Bósforo, é inmediatamente echó anclas en la costa asiática, cerca de Scútari. El emperador Alejo permaneció inactivo por largo tiempo ante la tempestad que tan de cerca le amenazaba: por fin reunió en Constantinopla y Pera, con la mayor celeridad, cuantas tropas pudo, procedentes de las provincias, cercó el magnífico golfo del «Cuerno de oro» con el resto de su escuadra y con una fuerte cadena de hierro; pero los barcos estaban medio destrozados y los soldados eran en su mayoría indisciplinados y cobardes. El número de estos era efectivamente mucho mayor que el de los francos; pero no se mostraron aptos para la guerra mas que algunos bizantinos, los asalariados del Norte (los wargas), y en todo caso tambien los colonos pisanos de Constantinopla, los cuales se alistaron en las filas del ejército griego por el odio que profesaban á los venecianos. Antes que comenzase la lucha, hizo el emperador un intento de comprar por dinero la retirada de los enemigos; pero no encontró acogida entre los orgullosos jefes del ejército franco. El 5 de julio comenzó el ataque con un asalto al arrabal de Pera: los cruzados desembarcaron con toda felicidad en la costa europea y rechazaron con poco esfuerzo á los imperiales hasta la capital. El 6 de julio rompió Dandolo las cadenas del puerto, echó á pique los barcos bizantinos y penetró con toda su escuadra en el «Cuerno de oro,» pasó por el puente del Bathyssus y se situó delante del ángulo Norte de las murallas de la fortaleza que rodeaban allí el palacio Blacherna. La escuadra siguió el movimiento del ejército y dirigió sus galeras bien provistas de proyectiles y de puentes levadizos contra la parte de las obras enemigas que se extendía desde el Blacherna bajando hasta el «Cuerno de oro.» Desde el 12 de julio se desencadenó allí con furia una lucha casi incesante. Algunos entendidos jefes griegos, especialmente Teodoro Láscaris, yerno del emperador, intentaron fatigar á los enemigos por medio de salidas é impedirles principiar el sitio propiamente tal; pero en definitiva tuvieron poco éxito contra las férreas filas de los francos. En 17 de julio dieron estos un asalto general: su ejército de tierra no alcanzó ninguna ventaja, porque los wargas y los pisanos hicieron una tenaz resistencia; pero en cambio los venecianos tomaron una torre, luego un lienzo entero de murallas y se instalaron fuertemente en la ciudad por el Sudeste del Blacherna. La desesperacion de los griegos obligó entonces al cobarde emperador á salir con

grandes fuerzas contra el pequeño ejército de tierra franco, con el objeto de contrarrestar el triunfo de los venecianos con la destruccion de aquel; pero los caballeros sostuvieron impertérritos el violento choque de aquellas masas tan superiores en número, pues ascendían probablemente á unos 100,000 hombres. Los griegos se detuvieron, vacilaron y por fin se retiraron á la ciudad un medio del mas espantoso desorden: el emperador, al volver á su palacio, fué recibido con insultos y amenazas y se decidió á huir. En la noche inmediata abandonó la capital llevándose las alhajas de la corona y diez quintales de oro y se dirigió á Debelton, poblacion situada al Nordeste de Tracia en la costa del mar Negro, seguido de las maldiciones de todos los patriotas, que á la noticia de su fuga sacaron al ciego Isaac de su prision y le proclamaron de nuevo emperador en medio del júbilo y de las aclamaciones del pueblo, en la madrugada del 18 de julio. Los francos se declararon conformes con dicho acto, porque Isaac habia reconocido como obligatorias para él las condiciones del tratado que se habia estipulado en Zara con el príncipe Alejo: este, acompañado de los príncipes cruzados, hizo una entrada solemne en la «Real ciudad» y fué coronado como emperador co-regente, bajo el nombre de Alejo IV, el día 1.º de agosto.

De este modo se consiguió con sorprendente rapidez y con toda felicidad lo que por espacio de tanto tiempo se habia estado meditando. El usurpador del trono fué expulsado y el imperio quedó dependiente de la voluntad de los francos. Venecianos y cruzados iban á ser ricos por las recompensas que habian de recibir; el ejército bizantino iba á pelear al lado de los latinos contra los eyubitas, y la Iglesia griega á ponerse bajo las órdenes del romano Pontífice.

#### SEGUNDA CONQUISTA DE CONSTANTINOPLA

Pero ¿podía en realidad continuar el desenvolvimiento de los sucesos por este camino? ¿Era de esperar que el pueblo bizantino reconociese de buen grado los acuerdos tomados en Zara, como lo habian hecho sus emperadores? Los francos establecieron de nuevo su campamento en Pera y allí exigieron inmediatamente el pago de la cantidad que se les habia prometido; mas á pesar de todas las exacciones con que los emperadores oprimieron su capital, no se pudieron reunir mas que 100,000 marcos de plata, mitad de la suma convenida en Zara. Los griegos miraban con reconcentrado y siempre creciente odio á todos los francos, lo mismo á los cruzados que á los colonos italianos residentes de antiguo entre ellos. En una palabra, hubo por fin sangrientas provocaciones, y el 22 de agosto, una banda de francos, espada-chines y aficionados al merodeo, produjo un terrible incendio que redujo á cenizas casi la mitad de la ciudad. Desde este momento, los colonos italianos no se creyeron ya seguros en Constantinopla y se trasladaron casi todos, unos 1,500, con mujeres y niños, al campamento peregrino de Pera. Eran en su mayor parte pisanos: el antagonismo contra los griegos les hizo, sin embargo, olvidar completamente su odio á los venecianos.

Esto no obstante, la lucha declarada entre bizantinos y francos se retardó todavía algun tiempo; pues los emperadores Isaac y Alejo IV deseaban aprovechar para sí en adelante las fuerzas de los cruzados. Su imperio apenas se extendía por entonces mas allá de las puertas de Constantinopla: en las provincias no habian sido reconocidos aun, y el fugitivo Alejo III, que se habia atrevido á avanzar de nuevo desde Debelton hasta Andrinópolis, dominaba allí como emperador sobre Tracia. Para combatirle, Alejo IV pidió auxilio á los francos, lo obtuvo, y con una parte considera-

ble del ejército cruzado, bajo la direccion del marqués Bonifacio, hizo una campaña de varios meses por la mitad Sudeste de Tracia. Despues de haber sometido una serie de ciudades y castillos, regresó como triunfador á la capital el 11 de noviembre, pero poco despues se vieron amenazados lo mismo él que su padre y todos los bizantinos de los mas terribles peligros por parte de sus antiguos aliados.

Los dos emperadores tuvieron en cierto modo la culpa del mal giro que tomaron las cosas. El infeliz ciego Isaac alimentaba en su cabeza sueños tan ambiciosos como quiméricos sobre la restauracion del poder imperial en su antigua magnificencia, y Alejo IV se mostró al fin tan poco capaz de resolver el arduo problema que sobre él pesaba, que no ganó ningun partido ni entre los cruzados ni entre sus propios vasallos. Lo peor de todo en realidad fué, que el joven emperador habia hecho en Zara promesas que nunca pudo cumplir; ni podia pagar por completo la gran suma que debia á los francos, ni abrigar la esperanza de mover á los griegos á que se sometiesen al romano Pontífice. Cuando al fin se convenció plenamente de que no le sería posible cumplir su palabra, abandonó el trato amistoso que hasta entonces habia sostenido con los príncipes cruzados y se negó bajo diferentes pretextos á pagar ulteriores sumas. En su vista, los príncipes enviaron una embajada á Constantinopla para anunciar la guerra al emperador en su propio palacio, si no volvía al camino de su deber; y como esto no diese resultado alguno, Dandolo, en una conferencia personal celebrada con Alejo en el punto medio, por decirlo así, entre ambos campamentos, presentó por última vez la reclamacion de que se cumpliesen totalmente las condiciones estipuladas en Zara. Como el emperador se negara á esto con palabras altaneras, el viejo Dux se dirigió á él con terrible furor, diciéndole estas palabras: «Mozalbeta infame, nosotros te hemos sacado del fango, y al fango te volveremos á arrojar.» Naturalmente, con esto quedó declarada la guerra—á fines de noviembre de 1203—y era inminente la catástrofe, ya para el ejército peregrino, ya para Constantinopla.

Los altivos francos se hallaban en aquellos momentos en situacion bastante desfavorable. El principio de la estacion de invierno les impedia por el momento proceder á sitiar segunda vez la capital enemiga: tuvieron que contentarse con mantenerse firmes en el territorio de los alrededores, y reunir botín de todas clases, particularmente viveres, sacados de los ricos pueblos de las costas vecinas. Durante algun tiempo les fué regularmente con esto; pero poco á poco se fueron acabando las provisiones, y el hambre cruel empezó á mermar sus filas. Además, aun cuando Alejo en persona apenas se atrevía á emprender la lucha, los griegos reunieron con ardor sus últimas fuerzas para conjurar la desgracia que tan terriblemente les amenazara. Compañías enteras de incendiarios fueron enviadas contra la escuadra veneciana, y el ejército de los caballeros se vió molesto además por las atrevidas salidas de los griegos. La vigilancia de Dandolo y la valentía del marqués Bonifacio preservaron ciertamente á los francos de mas graves daños; pero por otro lado se verificó en Constantinopla un cambio brusco, que amenguó en gran manera sus esperanzas de una victoria decisiva. Casi todos los habitantes de la gran ciudad, altos y bajos, eclesiásticos y legos, estaban profundamente disgustados del desastroso gobierno de los dos ineptos emperadores; de cuyas resultas estalló en 25 de enero de 1204 la revolucion tan largo tiempo esperada. Las masas del pueblo bajo y los monjes pidieron con infernal gritería la deposicion de los Angelos y la proclamacion de un nuevo soberano. Durante tres días, Constantinopla fué presa de la mas espantosa anarquía; porque ninguno de los grandes del imperio

quería aceptar la corona real que á tan graves peligros exponía: por fin se consiguió la admitiese Nicolás Canabo, joven valeroso, pero de poca importancia en lo demás. Cuando Alejo IV tuvo noticia de la sublevacion, se dirigió á los francos pidiéndoles auxilio, con lo cual, sin embargo, solo consiguió acelerar su perdicion total; porque su principal apoyo durante la última época, y al mismo tiempo el de todas las empresas guerreras contra los latinos, habia sido un pariente lejano de la casa reinante, Alejo Ducas Murzuflo, hombre activo, prudente y animoso, pero tambien inconsideradamente violento, en cuyas miras no entraba ni someterse á Canabo, ni entregar el imperio y el joven Alejo á los francos. Por consiguiente, Alejo Ducas, con muy poco trabajo se ganó el ejército y el pueblo. El emperador Isaac, enfermo hacia tiempo, murió de miedo á este rival. Canabo



Marinos venecianos. Facsímile tomado del códice *De passagiis in Terram Sanctam* (Venecia)

y Alejo IV fueron presos y estrangulados por los sicarios del usurpador, el cual subió al trono de Constantino con el nombre de Alejo V.

Los francos llegaron á experimentar muy pronto, que imperaba entonces en la real ciudad, una voluntad enérgica de un modo absoluto. Se les intimó que evacuaran el territorio griego en el término de ocho días; no habia que pensar ya en el pago de ninguna otra cantidad; el emperador no necesitaba, ni del consejo, ni del mandato de aquellos: él mismo era bastante para todo. Los peregrinos apenas podían obedecer á esta excitacion, aun cuando hubieran estado dispuestos á ello: temían ser puestos en el mas apurado trance por los exasperados griegos, tan pronto como se preparasen á retirarse. Por eso no les quedaba mas alternativa que, ó atacar á Constantinopla y someterla á su dominacion, ó sucumbir en gloriosa lucha. Alejo V hizo cuanto estuvo de su parte para prepararles su ruina: procuró que se trabajase en renovar y terminar la construccion de las fortificaciones de la ciudad, envió incendiarios contra la escuadra veneciana, y trató de destruir las secciones aisladas del ejército de los caballeros con salidas y combates. Pero aquí experimentó una gran catástrofe. En efecto, un cuerpo de caballería franca, compuesto de mil hombres, se dirigió pocos días despues por el Noroeste á la ciudad de Filea, situada sobre el mar Negro, y saqueó por completo esta rica poblacion, en venganza de lo cual resolvió el emperador atacar con fuerzas superiores y aniquilar esta division al volver al canal de Constantinopla. Al principio logró desde luego sorprender tan completamente á los enemigos, que estos no echaron de ver la presencia de los griegos hasta que los últimos atacaron sus filas por la espalda. Los francos, sin embargo, sostuvieron impertérritos el ataque y se defendieron con tan terribles golpes y estocadas, que al poco tiempo el ejército griego, infinitamente superior, se dispersó en desordenada fuga lleno de terror. Alejo, aunque estaba herido, permaneció en el campo de batalla hasta que, contra su voluntad, fué arras-